
AMOR DE MADRE.

Cuando anunciaron al juez de Z... la visita del Doctor Santisteban, estaba aquel cómodamente reclinado en el sofá, durmiendo la siesta.

—Será sobre el misterioso asunto de ese niño, pensó el magistrado, poco satisfecho de aquella visita en hora tan intempestiva.

—Qué pase, dijo, no obstante, al criado.

—El doctor Santisteban entró, saludando cortesmente mientras el magistrado le invitaba á tomar asiento diciéndole con amable sonrisa:

—Me perdonará V. si no me levanto, pero esta terrible jaqueca que tengo me tiene desesperado.

—Dispense V., replicó el doctor, si vengo á molestarle. El objeto de mi visita es...

—El asunto del niño, verdad? le interrumpió el magistrado sin dejarle concluir. Lo he adivinado en seguida. Le aseguro á V., continuó diciendo, que desde hace treinta años que estoy en esta población no ha sucedido un hecho, semejante; aquí la gente es muy pacífica. Ha sido una grandísima desgracia.

Pobre señor conde, le compadezco y comprendo cuanto debe sufrir. Yo le he ofrecido poner de mi parte cuanto pueda para esclarecer los hechos, pero lo veo todo tan confuso. Sólo hay una persona en quien recaen las sospechas más directamente.

El doctor, al ser pronunciadas por el juez estas últimas palabras, se puso extraordinariamente pálido. Iba á hablar, pero titubeó un instante. Más en seguida, con la resolución del que cree cumplir con un imperioso deber, se explicó de esta forma:

—¿Sencilísima? Interrogó el magistrado. Y no hay ningún rastro, ningún indicio, ninguna suposición que pueda abrir luz en el misterioso asunto. La única persona de quien puede sospecharse es la doncella.

—La doncella es inocente, señor juez, por eso he venido, para que se ponga en claro la verdad. Creo saberlo todo.

Al oír esta afirmación el magistrado se incorporó rápidamente:

—¿Decís que lo sabéis todo? Hablad, por favor hablad.

Hubo un momento de silencio en la estancia. El juez ya incorporado en su asiento, miraba con fijeza al doctor que pensativo parecía ordenar las ideas para explicarse mejor. Con acento sentimental, en voz casi baja y muy lentamente empezó así:

—Es una historia dolorosísima, y será preciso que tenga un poco de paciencia para escucharla.

Hace ahora cerca de tres meses, pues fué á primeros de Junio y estamos ya casi en el mes de Septiembre. Pocos días hacía que había llegado yo al Hotel, la temporada apenas había comenzado y los forasteros eran muy escasos. Una noche cuando estábamos en la mesa, «mesa redonda,» vimos entrar una familia compuesta de un caballero, una señora, un niño y la doncella. El caballero era alto, rubio de simpática presencia; el niño se parecía todo á él, podría tener unos dos años, rubio, muy rubio, con una carita sonrosada, preciosa, angelical. La señora que debía ser esposa del caballero y madre de aquel niño era muy joven aún, pero el color de su rostro y todo su aspecto demostraba que debía hallarse muy enferma. Se veía claramente que hacía un verdadero esfuerzo para tenerse en pie y sonreír, pero con una sonrisa melancólica que á mi me producía una impresión dolorosa, pues por mi calidad de médico comprendía lo mucho que debía sufrir aquella señora.

Sentáronse á la mesa frente á mi. Antes sorprendí una mirada que se cambiaron el marido y la doncella, cuyo significado no pude comprender. Se habían sentado el marido en medio, la señora á uno de sus lados y la criada con el otro. Entonces la señora dirigiéndose al niño:

—Ven aquí conmigo Luisito, dijo haciendo ademán de cogerlo de brazos de la criada.

El niño, alargaba ya, alegre, sus manecitas para agarrarse al cuello de su madre, cuando él, su pa-

dre, sujetánlo bruscamente, con modales verdaderamente brutales, le obligó á sentarse en la silla que tenia al lado diciendo:

—Aquí, siéntate aquí, que estarás mejor.

El rostro de la infeliz madre, pálido de suyo, adquirió la amarillez de la cera y con los ojos húmedos de lágrimas la oí suplicar humildemente al marido.

—¡Oh! por Dios te lo suplico, déjamele, déjamele.

Pero él la respondió con algunas palabras dichas en voz muy baja que no pude oír, y la pobre señora no osó volver á despegar los labios.

Ante aquella escena sentí conmovérseme el alma en un sentimiento de piedad profunda.

Aquel incidente fué muy comentado en el Hotel.

No sé de qué manera, llegué á saber que aquella familia eran los condes de X.....

Terminado el concierto que todas las noches tenia lugar, subí á mi habitación y me puse á leer, como de costumbre. A poco rato sentí pasos en el corredor, y poco después un camarero del hotel entraba en mi cuarto diciéndome:

—El conde de X..... ruega á V. que se sirva bajar á su habitación.

El conde ocupaba un departamento del primer piso. Cuando bajé, lo encontré levantado aún y sentado junto á la cama de su mujer. Al verme, se adelantó á mi encuentro y me dijo en pocas palabras:

—La condesa está enferma del pecho; una consecuencia del parto, que hace dos años la hace sufrir, y sobre la cual no me hago muchas ilusiones. He corrido toda Europa en busca de un médico que la salvase, inútilmente. Hoy he perdido ya toda esperanza, y si me resigno á soportar esta miserable vida, es por mi hijo, doctor, por mi hijo; sin él no es respondo de lo que hubiera hecho.

—La condesa..... me atreví á decir, para abreviar aquel diálogo, y haciendo ademán de aproximarme al lecho.

—Sí, es cierto contestó el conde introduciéndome en la cámara.

La condesa estaba acostada vestida; aún tenia una preciosa bata blanca, por entre la que asomaban los diminutos pies y se dejaban ver un poco las medias, que eran azules, dándole aquella ropa más carácter todavía de una niña. Parecía una lindísima flor marchita. La cogí la mano y ardía, la frente abrasaba también.

—Tiene una fiebre atroz —le dije al conde. —¿Desde cuándo está así?

—Desde hace unas dos horas. Ya estaba algo indispuesta desde por la mañana. Sin duda la fatiga del viaje.....

La condesa entonces con voz apagada llamó:

—Luis, Luisito, ven aquí.

—Eso es —llama ahora á mi hijo prorrumpió con sequedad el conde.

Por la manera con que acentuó la frase «mi hijo,» comprendí al instante el íntimo drama de aquella

familia. El conde estaba celoso de su hijo. Condenado casi irremisiblemente á perder á su mujer, quería conservar seguro al único tesoro que representaba su felicidad futura. Enferma la condesa de esa enfermedad que no perdona, la tisis, no quería que su hijo sufriera el contagio, y por eso no permitía que se acercara á su madre. Así me lo confesó después el conde, enternecido, casi con lágrimas en los ojos.

La triste historia que habia descubierto me impresionó vivamente. Resolvi emplear toda la fuerza de mi inteligencia, de mi voluntad, para intentar con todos los recursos de la ciencia, arrancar á la condesa de la muerte. Pero cuando al siguiente dia examiné más detenidamente á la enferma, vi que mi generoso pensamiento era imposible. Los pulmones estaban completamente desechos, el corazón muy alterado, la sangre debilísima y escasa. No habria creído nunca, á no verlo con mis propios ojos, que en aquellas condiciones fuera posible la vida. Era un verdadero milagro, y aquel milagro se cumplía por un efecto del amor materno. Aquella mujer vivía por un esfuerzo heroico del amor que tenia á su hijo, y se veía claramente, cuando éste se hallaba á su lado, porque entonces se la veía reanimarse, revivir, en una palabra, como una luz á la que se pone aceite.

Afortunadamente mejoró un poco y pudo levantarse después de algunos dias. Por las tardes salía con la doncella y el niño á pasear por los alrededores de la población. Muchas veces el conde hon-

rándome con su confianza me rogaba que acompañase á la condesa mientras él despachaba otros asuntos que reclamaban su presencia. Abusando de esa confianza que el conde me confiaba, muchas tardes permitía á la condesa un rato de expansión maternal. Al efecto, cuando estábamos en el campo, pretextando haber olvidado alguna cosa, mandaba á la criada al hotel y entonces cogía á su hijo y lo besaba y lo acariciaba á su gusto.

Aquellas expansiones le devolvían la vida, si así puede decirse, y yo que creo que únicamente aquello la sostenía en pie. Pero una tarde fué sorprendida por el conde en uno de esos transportes de maternal amor. Al verlo, púsose pálida como la muerte, y lanzando un grito de sorpresa, cayó en tierra como herida por el rayo.

La llevamos en seguida al hotel y la acostamos. Ocho dias estuvo entre la vida y la muerte, al fin pareció reanimarse un poco; pero estaba muy débil, cuando hablaba, su voz parecía salir del fondo de una caverna. Los primeros dias, la fiebre la devoraba, y delirando pronunciaba repetidas veces el nombre de su hijo.

Ya parecía que habia entrado en la mejoría, cuando al visitarla una mañana observé que estaba más alterada y más débil que el dia anterior.

—Doctor, me dijo, me siento desfallecer, mi última hora se aproxima.

Yo le contesté algunas palabras para animarla, pero me interrumpió añadiendo:

—No se canse V. en convencerme de lo contrario, lo sé, lo siento, que me muero. Sólo esperaba que viniera V. para pedirme un favor, el único favor que le he pedido y creo que me lo concederá. Un favor no se niega nunca á un moribundo.

No acertaba á adivinar que era lo quería pedirme.

—¿Sabéis lo que quiero? Doctor.—Quiero ver por última vez á mi hijo y querría de V. que me facilitase este deseo de una persona que se va del mundo.

El acento de la condesa, la situación, aquel deseo muy natural y justo, me transían el corazón, ¿pero debía yo acceder á ello? Titubeé un momento, pero después resuelto á todo, salí de la habitación, y procurando que no se oyeran mis pasos, me dirigí al gabinete donde solía encontrarse el niño. Estaba allí sentado junto á la mesa y reclinada la cabeza en ella, todavía se oían algunos ligeros gemidos que daban á comprender que había llorado. Frente á él se hallaba la criada; preguntela por la causa de aquel llanto y díjome que se había visto obligada á pegarle por ser muy revoltoso. Entonces yo lo cogí como para acariciarle y con disimulo lo saqué de la habitación y lo llevé á su madre. Esta al verle abrió los brazos y lo estrechó fuertemente contra su seno. Yo no pude sustraerme á la emoción y caí arrodillado al pie de la cama en un exceso de devoción piadosa; al poco rato me levanté y un espectáculo terrible me esperaba. Madre no había querido ir sola del mundo, se había llevado también la vida de su hijo. Aquel amoroso abrazo

había sido un abrazo supremo. Madre é hijo habían muerto.

Al ver aquel cuadro, creí perder la razón. Tuve primero ideas de huir, pero luego en un momento de lucidez extraña, no sé por qué motivo ni con qué intención, maquinalmente cogí el cadáver del niño y con las mismas precauciones que había tenido para no ser visto cuando lo fui á buscar, lo llevé al mismo sitio, sentándolo en la misma forma en que lo encontré. Después salí del cuarto del conde y subí al mío.

Cuando llegó aquí el doctor Santistéban, en su relación, tuvo que respirar un rato; luego añadió:

—Lo demás ya lo sabe V., ya sabe la sorpresa y el dolor del conde al enterarse de la terrible catástrofe, ya sabe V. el parecer de los médicos que han visto el cadáver del niño; todos están unánimes en que ha muerto por sofocación, por asfixia.

Ahora comprenderán V. que la doncella no es culpable de nada. Si hay algún culpable, soy yo, y por eso vengo á ponerme voluntariamente á su disposición.

El juez mirándole con admiración, le dijo con voz conmovida:

—Andad—hijo mío—Andad.

JOSÉ RAMÓS GARCÍA.

EN EL BAILE.

¡Qué hermoso está el baile!... La diosa Locura
preside la fiesta, convida á gozar.....
Las máscaras gritan, bromean y corren
y ríen con risa ruidosa y jovial.

La orquesta acomete con vértigo alegre
las notas brillantes del rápido vals;
cual sombras errantes, parejas felices
dan vueltas y pasan, y vienen y van.....

Hay ojos sombríos que miran airados
surgiendo del fondo del negro antifaz,
hay ojos radiantes que brindan amores.
haciendo á los hombres perder el compás.

Al lado del joven que empieza su historia,
los viejos lascivos que lucen su frac.....

La risa los une, y al cabo la risa
ni clases respeta, ni sexo, ni edad.....

Promesas de goces agitan los pechos,
los labios febriles anhelan besar,
las copas se llenan, y chocan y cantan
la vieja y sonora canción del champagné.....

Las rojas cortinas del rojo antepalco
caen, siempre discretas, con gran majestad,
¡caso ocultando los dulces misterios
del culto ferviente del clásico Pan!

Sofando en sus tiempos, del ruido alejada,
con máscara innoble cubierta la faz,
espera á la niña que sacia su gusto,
durmiendo entre tanto, la vieja mamá.

¡Qué hermoso está el baile!... De pronto á mi lado
descubro á una máscara con lindo disfraz,
me estrecha en sus brazos, me lanza al barullo,
me lleva al abismo..... ¡me dejo llevar!

¡Oh, no, no te quites, por Dios, la careta,
mujer adorable que escuchas mi afán!.....
¡Yo te amo cual eres: misterio, alegría,
pasión de un momento, ventura fugaz!

Prefiero fingirme tus frescas mejillas
á verlas marchitas, hundidas quizás;

EN EL BAILE.

prefiero fingirme que son encendidos
los labios amables que hablándome están.

Me basta el perfume que exhala tu aliento,
tus ojos me bastan de extraño brillar,
tu seno anhelante, tu talle obediente,
tus dulces promesas, tu risa triunfal.....

¡Oh, no; no te quites, por Dios, la careta!.....
Ya llevo el encanto del «¿cómo seré?»
de mil ilusiones el vago contorno
de un sueño adorable la dulce bondad.....

ANTONIO PALOMERO.

